

**FET Y DE LAS JONS EN LA CATALUÑA RURAL DE POSTGUERRA.
LA IMPLANTACIÓN DEL PARTIDO ÚNICO EN LA PROVINCIA
DE LLEIDA (1938-1945)**

Josep Gelonch Solé
Universitat de Lleida

Con el Decreto de Unificación política de 19 de abril de 1937, nacía el partido único franquista, bajo cuyas siglas de FET y de las JONS eran integrados los dos principales partidos políticos que habían apoyado el Alzamiento militar de julio de 1936: Falange Española de las JONS y Comunión Tradicionalista. Subordinado al control de Franco, jefe nacional, el nuevo partido único tomaba el programa ideológico, la organización y el estilo de la Falange hegemónica. FET y de las JONS nacía como un instrumento totalitario al servicio del Estado, tomaba por modelo los partidos fascista italiano y el nazi alemán, con los objetivos de organizar, encuadrar y educar las masas, crear una nueva élite política y convertirse en pieza fundamental en el engranaje que debía unir el Estado y la sociedad. Este debía ser el papel central del partido en el sistema político del *Nuevo Estado*. Hasta el año 1943 –los años de mayor fascistización del régimen– Falange pretendió llevar a cabo la construcción del régimen franquista según su proyecto totalitario.

De acuerdo con ello, el estudio de FET y de las JONS resulta de gran interés para entender mejor la construcción de la dictadura, ya sea a nivel estatal, provincial o local. Nos proponemos analizar la implantación y el despliegue del partido único en el mundo rural catalán durante los primeros años de la postguerra, tomando la provincia leridana como marco de estudio. Para abordar el análisis usamos los utensilios metodológicos de la historia local y la microhistoria. A menudo, las realidades locales no se ajustan exactamente a las hipótesis y modelos generales, a veces las contradicen; en todo caso, se presentan como perspectivas complementarias que deben contribuir a la mejor comprensión del régimen franquista¹.

¹ La comunicación se basa en parte de nuestra tesis doctoral *Falange i poder. Lleida durant la dictadura franquista*, dirigida por la Dra. Conxita Mir, que fue defendida el 28 de mayo de 2010 en la Universitat de Lleida. Disponible en la base colectiva Tesis en Red: <http://www.tesisenred.net/handle/10803/8225>.

Despliegue inicial de FET y de las JONS en Lleida

Lleida fue la primera capital catalana ocupada, el 3 de abril de 1938, y provincia y ciudad estuvieron partidas por el frente de guerra de los ríos Noguera Pallaresa y Segre hasta las vísperas navideñas de aquel año, cuando el ejército franquista, victorioso en la batalla del Ebro, emprendió la ocupación definitiva de Cataluña. En estas circunstancias de frente bélico eran los mandos militares las autoridades máximas de la ciudad. Nombraron las autoridades municipales y provinciales, todas ellas subordinadas al poder militar. La Secretaría General del Movimiento (SGM) nombró los principales cargos de las prefecturas provinciales de FET y de las JONS. En el caso leridano, al igual que el de Tarragona, la designación de los dirigentes fue reflejo de la correlación de fuerzas en el seno de la Delegación Territorial de Cataluña de FET y de las JONS en Burgos en el momento de la entrada franquista en Cataluña. En Burgos se libró la batalla principal entre falangistas y tradicionalistas catalanes para controlar el reparto de poder en el nuevo partido único. En principio, debía corresponder a los carlistas la dirección de la jefatura territorial en Cataluña por ser la fuerza hegemónica entre la colonia catalana en la Zona Nacional. Sin embargo, gracias a sus influencias en el seno de la SGM, los falangistas catalanes fueron capaces de subvertir esta supremacía tradicionalista. Y cuando en agosto de 1937 fue creada la Delegación Territorial de FET y de las JONS de Cataluña, en Burgos, fueron designados dos falangistas, José Ribas y Mariano Calviño, respectivamente delegado y secretario. En definitiva, la Jefatura Territorial de FE y de las JONS se había convertido en Delegación Territorial de Cataluña de FET y de las JONS. Los tradicionalistas habían sido marginados de la dirección del nuevo partido².

Los dos primeros jefes provinciales de FET y de las JONS de Cataluña fueron dos falangistas. José M^a Fontana, el de Tarragona, era *camisa vieja* de Reus; el de Lleida, Javier Bañeres Piniés, falangista de origen oscense. Según Fontana, Bañeres fue nombrado porque la mayoría de falangistas leridanos habían sido ejecutados en verano de 1936 o estaban encarcelados, huidos o desaparecidos³. Antes de la guerra, en Lleida –como en el conjunto catalán– la Falange había sido un grupo marginal, que

² THOMÀS, J. M.: *Falange, guerra civil, franquisme. FET y de las JONS de Barcelona en els primers anys del franquisme*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, pp. 127-196.

³ FONTANA TARRATS, J. M.: *Los catalanes en la guerra de España*, Madrid, Samarán, 1951, p. 353.

nunca constó formalmente organizado. No consiguió reunir más de cuarenta simpatizantes, la mayoría jóvenes, hijos de familias conservadoras de la ciudad, muchos de ellos estudiantes que entraron en contacto con los falangistas en las universidades de Zaragoza o Barcelona, y algún empleado, profesional liberal, funcionarios y militares, en torno al capitán retirado Pablo Valledor Díaz y el profesor de secundaria José Martínez de San Miguel Falcó. Sus actividades no fueron más allá de repartir folletos, pegar carteles, protagonizar encontronazos con jóvenes izquierdistas o realizar sesiones de tiro con armas –facilitadas por los contactos de Valledor o sustraídas de la armería Balius, propiedad de la madre de un joven falangista. A pesar de ello, participaron en los preparativos del golpe militar en la ciudad, junto con militares, carlistas y miembros de la CEDA; como todos ellos, la mayor parte de sus efectivos fueron abatidos por la represión de verano y otoño de 1936.

Según la versión de los carlistas, hubo una sucia maniobra de los falangistas catalanes en la SGM, que consiguieron de Fernández-Cuesta el nombramiento interino de Bañeres puesto que el carlista propuesto por el cargo había sido objeto de denuncia (aunque más tarde se demostró falsa). Los carlistas no se conformaban con el nombramiento del tarrasense Lluís G. Ventalló (tradicionalista partidario de la Unificación) para el cargo de gobernador civil de la provincia⁴. Pese a haber sido la opción con mayor arraigo e implantación social y territorial entre las fuerzas derechistas en la provincia de Lleida, los carlistas tan sólo recibieron las delegaciones de Frentes y Hospitales (asignada a María Recassens Gassió, de arraigada familia carlista de la ciudad) y las milicias de FET y de las JONS, en manos de Enrique Monteys de Carbó, ex jefe del Tercio de Montserrat e inspector de milicias de Cataluña. Estas dos delegaciones, ubicadas en el mismo edificio de la capital, sirvieron como base de reorganización de la militancia carlista, y desde ellas se llevó a cabo una actividad autónoma respecto a FET y de las JONS, a menudo en competencia con Auxilio Social y Sección Femenina. Así queda manifiesto en la documentación privada del gobernador civil Ventalló, con denuncias por parte del jefe provincial Bañeres y los informes a

⁴ THOMÀS, J. M.: *Falange, guerra civil, franquisme...*, op. cit., 1992, p. 268, nota 2. Para la trayectoria de Lluís G. Ventalló, cfr. VIGUÉS, M.: *Lluís G. Ventalló i Vergés (1903-1980). De la fidelitat a Sala al compromís amb el Règim*, Terrassa, Fundació Torre del Palau, 2005.

Serrano Suñer⁵. Cuando en mayo de 1939 desapareció la delegación de Frentes y Hospitales, los carlistas intentaron recuperar el antiguo círculo tradicionalista (ahora como Círculo España), aunque no lo consiguieron ni en Lleida ni en otras localidades (como Llardecans); sólo tenemos constancia de que lo consiguieron en Juncosa de les Garrigues, localidad del antiguo jefe tradicionalista Alfonso Piñol. Era el inicio de la desafección carlista, que desde entonces se manifestaría en los actos conmemorativos, las fiestas nacionales, etc., llegando a su mayor expresión durante la visita de Franco a la ciudad (enero de 1942)⁶. En el caso de las *margaritas* leridanas, su integración al Movimiento fracasó y originó continuas tensiones⁷.

La situación de la provincia de Lleida durante los ocho meses de frente – especialmente en el caso de la capital casi desierta de población civil⁸ – no era nada favorable al desarrollo de los objetivos iniciales de FET y de las JONS. Objetivos que debían concretarse en el esfuerzo de captación de afiliados, el despliegue de los servicios asistenciales, de encuadre y movilización del partido, la implantación de las jefaturas locales, la organización de actos de masas, y, cómo no, la colaboración activa en la represión de los vencidos.

Después de una breve estancia inicial en una casa de la Rambla de Aragón, la jefatura provincial de FET y de las JONS se situó en el Casino Principal de Lleida, en la calle Mayor. Pero cuando los socios del Casino Principal, representantes de la burguesía comercial y industrial leridana, reclamaron el retorno del edificio, la Falange no tuvo más opción que mudarse a un primer piso de alquiler en la plaza Sant Joan, que ocupó hasta el 1977. Fracasaron los intentos de apropiarse del edificio de Joventut Republicana, cuna del republicanismo catalanista local, con un gran valor simbólico. La formación de patrimonio inmobiliario de FET y de las JONS en pueblos y ciudades se basó en la apropiación de edificios y bienes de partidos políticos, organizaciones sindicales y asociaciones declarados ilegales, al igual que de propiedades de individuos juzgados por responsabilidades políticas, ejecutados, huidos o desaparecidos. Un caso

⁵ Archivo familiar Ventalló, Terrassa.

⁶ Cfr. GELONCH, J.: «Carlistes dins FET y de las JONS: entre la integració i l'enfrontament. Lleida, 1938-1939», en DD.AA.: *Sense memòria no hi ha futur*, Catarroja, Afers, 2004, pp.53-58.

⁷ JARNE, A.: «La branca femenina del carlisme lleidatà. República, Guerra Civil i Primer Franquisme», en MIR, C. (ed.): *Carlins i integristes. Lleida segles XIX i XX*, Lleida, IEI, 1993, pp. 177-207.

⁸ SAGUÉS, J.: *Una ciutat en guerra. Lleida en la guerra civil espanyola (1936-1939)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2003, pp. 507-579.

llamativo lo encontramos en la Seu d'Urgell, donde la jefatura local y comarcal fue ubicada en el antiguo Hotel Rimbau, propiedad de Enric Canturri (diputado de ERC) incautada por el TRP, rebautizado como Hotel Nueva España, aunque el pueblo lo conociese como el *hotel de la Falange*⁹.

Desde el primer día de la ocupación, aparecen continuas llamadas a la afiliación en las páginas de la prensa falangista leridana¹⁰. Era necesaria la propaganda para atraer las masas al partido, a la vez que era necesario un control de las personas que solicitaban el ingreso. Las órdenes de la SGM dejaban muy claro que *«no podrán ser admitidas al Movimiento, ni siquiera como adheridas, las personas que hayan desempeñado cargos directivos en los partidos del frente popular, incluidos los partidos nacional-separatistas y las sindicales. Tampoco podrán serlo los que, sin haber desempeñado aquellos cargos directivos, hayan ocupado cargos políticos precisamente por su condición de afiliados a aquellos partidos o sindicales»*.¹¹ A los jefes locales se les pedía una relación mensual exacta de los que solicitaban inscribirse en el partido, con el objetivo claro de *«tener en todo momento un perfecto control de los afiliados a FET y de las JONS a esta Provincial de Lérida»*¹². Era necesario conocer sus antecedentes políticos y sociales para evitar que se infiltrasen personas políticamente no deseables. Pese a todo, Bañeres y Fontana (jefes provinciales de Lleida y Tarragona) fueron denunciados por los carlistas en agosto de 1938 de favorecer la entrada a destacados elementos rojos, incluso de nombrarlos jefes locales del partido¹³.

Como se ha dicho, el núcleo falangista de antes de la guerra había sido minúsculo y el resto de opciones derechistas habían tenido poco arraigo, excepto la Comunion Tradicionalista y la Lliga Catalana, con destacados núcleos locales y comarcales. A ello hay que añadir que la represión revolucionaria había mermado notablemente los cuadros dirigentes de todos los partidos derechistas. Si los carlistas fueron apartados

⁹ MIR, C.; CORRETGÉ, F.; FARRÉ, J. y SAGUÉS, J.: *Repressió econòmica i franquisme. L'actuació del Tribunal de Responsabilitats Polítiques a la província de Lleida*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997, pp. 291-292.

¹⁰ «Cartel de Falange», *Ruta. Órgano de FET y de las JONS*, Lleida, 19-4-1938.

¹¹ Orden circular núm. 35, 20-6-1938. Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia, SGM-Vicesecretaría General del Movimiento, c. 11.

¹² Oficio de 27-5-1938. Archivo Comarcal de la Noguera (ACN), Fondo Jefatura Local del Movimiento de Albesa, c. 2.

¹³ THOMÀS, J. M.: *José M. Fontana Tarrats. Biografía política d'un franquista català*, Reus, Centre de Lectura, 1997, pp. 53-54. La denuncia consiguió el cese de algunos jefes locales del partido, pero no el de Fontana y Bañeres.

del control del partido, los ligueros despertaban muchas dudas por su pasado catalanista, demonio execrable para el régimen franquista. Pese a todo, encontramos antiguos miembros de la Lliga al cargo de algunas delegaciones provinciales, algunos de ellos con verdaderas antipatías en el partido, como es el caso de José M^a de Porcioles, al frente de Auxilio Social. Es obvio que FET y de las JONS debía construirse sobre una base muy heterogénea de afiliados, como un partido de aluvión, con muchas camisas *nuevas* y pocas *viejas*, donde era la experiencia de la guerra (ser excombatiente, excautivo, familiar de caído, perseguido, etc.) el principal referente. Individuos de diversa procedencia, derechistas y otros sin pasado político, jóvenes y mayores, acudieron a solicitar el ingreso en la nueva Falange. Unos para demostrar su adhesión al nuevo régimen, otros deseosos de limpiar su historial político, otros para acceder al reparto del poder. Otros, quizás los menos, porque compartían con entusiasmo los ideales de la revolución nacionalsindicalista.

Disponemos de muy pocos datos para saber con precisión cuál fue la afiliación a la Falange aquellos meses de 1938, cuando la actividad de la jefatura provincial se reducía poco más que a la capital. Muy pronto Javier Bañeres era acusado de no realizar la propaganda necesaria en los pueblos *liberados* para atraer adhesiones al partido¹⁴. Las pocas jefaturas locales organizadas, con jefe nombrado, a duras penas funcionaban. Así lo constataba un informe del alcalde de Balaguer, de agosto de 1938, donde afirmaba que FET y de las JONS «*y tal vez por la falta de población civil y por el ambiente intranquilo con que se vive, no ha podido desarrollar su acción con la eficacia que corresponde a los altos fines de su creación*»¹⁵. Era evidente la falta de medios humanos y técnicos de la jefatura provincial para, en aquella situación, llevar las órdenes y consignas a lo largo de la provincia *liberada*.

Sí sabemos que, en agosto de 1938, la Falange local de Albesa (municipio vecino a Balaguer, de poco más de 1.500 habitantes) contaba con 121 afiliados (sólo uno con la condición de *militante*), 71 jóvenes en las Organizaciones Juveniles y 61 chicas y mujeres en la Sección Femenina. Las cifras aumentaron en los meses posteriores, llegando a los 174 afiliados en abril de 1939¹⁶. Estos datos de Albesa nos podrían llevar

¹⁴ Escrito del gobernador civil Lluís G. Ventalló al inspector territorial de FET y de las JONS José Ribas, 23-4-1938. Archivo familiar Ventalló, Terrassa.

¹⁵ Archivo Histórico de Lleida (AHL), Administración Local, Balaguer, c. 1944.

¹⁶ ACN, Jefatura Local del Movimiento de Albesa, c. 2.

a pensar en una buena capacidad de penetración social del partido, pero contrastan con los informes de la jefatura provincial de FET y de las JONS, que no dejaban de señalar las resistencias a solicitar el ingreso, a pesar del proselitismo realizado. Es de suponer, pues, que la afiliación no fue tan masiva como se esperaba y en todo caso dependió mucho de las realidades locales y de la capacidad de los jefes locales para atraer a sus convecinos. En agosto de 1939, un informe de inspección realizado por Pablo Ruiz de Alda señalaba que el número de afiliados a FET y de las JONS en la provincia de Lleida era de unos 7.000, contando militantes, adheridos y mujeres de SF, lo que se consideraba «*notoriamente bajo en relación con los habitantes*». En la capital, con unos 40.000 habitantes, disponía de 750 afiliados. El informe describía una situación «*francamente mala*» de la jefatura, en que las delegaciones tenían «*escasa vida*», «*un desarrollo rudimentario*» o no funcionaban, a excepción de la delegación de Información e Investigación, de la que se decía que «*es modelo, funciona muy bien*»¹⁷.

Ello parece indicar que a mediados del año 1939 el proyecto de implantación de FET y de las JONS en Lleida estaba fracasando. La mitad de los pueblos no disponían todavía de jefatura local y la inspección provincial, que debía encargarse del despliegue del partido en el territorio, no había iniciado su andadura. La jefatura provincial se encontraba en flagrante desorganización, incapaz de resolver con agilidad las solicitudes de ingreso, y, según el propio testimonio falangista, no disponía del debido prestigio ni en la sociedad ni entre las instituciones leridanas. El jefe provincial Javier Bañeres fue cesado en junio de 1939, acusado de ser el responsable de la mala gestión del primer año de la Falange, así como de la lamentable situación económica de la jefatura. La capacidad de algunos delegados de servicio del partido era considerada muy escasa¹⁸. También se solía señalar la nula colaboración del gobernador civil, Juan A. Cremades, que tomó posesión en enero de 1939, a quien se acusaba de que «*no tiene ni afecto ni simpatía por la Falange*»¹⁹. Acusaciones de poco apoyo, de obstaculización a la tarea del partido o de favorecer a los grupos antifalangistas de la ciudad (los carlistas), que serán una constante en los informes de

¹⁷ «Inspección de la Jefatura Provincial de Lérida», Pablo Ruiz de Alda, 7-8-1939. AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 118.

¹⁸ Bañeres y alguno de sus colaboradores fueron acusados de malversación de fondos de la jefatura provincial. AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 368, 23-9-1939.

¹⁹ «Inspección de la Jefatura Provincial de Lérida», Pablo Ruiz de Alda, 7-8-1939. AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 118.

la jefatura provincial, y que sin duda deben enmarcarse en la lucha por el reparto de las cuotas de poder.

Otro elemento que nada ayudó en la consolidación de FET y de las JONS en Lleida fue la interinidad con que se ejerció la dirección del partido y el poco arraigo de los jefes provinciales. Desde el cese de Javier Bañeres hasta la unificación de cargos (gobernador civil-jefe provincial) en abril de 1943, ocuparon la jefatura provincial Francisco Mora Sádaba (junio-noviembre 1939), Ramón Trepas Andreu (noviembre 1939-octubre 1940), Ángel Abril Lefort (octubre 1940-octubre 1941) y Cándido Sáez de las Moras (octubre 1941-abril 1943). Tan sólo Trepas era natural de la provincia, hijo de una familia industrial de Tàrrrega; sin embargo, sólo pudo ejercer su cargo desde la distancia, ya que era militar con destino en Barcelona y luego en Mallorca. Los otros tres, como había sucedido con Bañeres, gozaron de poca o nula conexión con la realidad leridana.

Los informes de la Falange leridana reflejaban la falta de organización, de estilo y orientación nacionalsindicalista, de liderazgo, origen de la baja moral de los afiliados, que se sentían desatendidos y, poco a poco, se daban de baja en el partido. Se señalaba la ineptitud de algunas jerarquías para dirigir el partido o para sancionar las faltas de los afiliados. Todo ello hacía urgente, en mayo de 1940, el nombramiento de un jefe provincial que «*pueda hacer resurgir el Partido del caos en que se halla*»²⁰. Los *partes mensuales* reflejaban inactividad, falta de cuadros aptos, falta de recursos y escaso apoyo del resto de instituciones. En junio de 1940, centenares de solicitudes de afiliación estaban todavía pendientes de informar y aprobar, lo que provocaba gran malestar en las filas del partido y los solicitantes²¹.

Esta imagen que nos ofrece la provincia de Lleida era más común de lo que pretendían las jerarquías nacionales a lo ancho del territorio español. Antonio Cazorla ha descrito un partido único caracterizado progresivamente por una mayor impotencia y desorganización, tanto en los centros de poder como en las provincias²². Sin duda alguna, la interinidad instalada al frente de las jefaturas provinciales afectó muy negativamente a la implantación y despliegue del proyecto falangista y contribuyó

²⁰ «Información relacionada con nuestro escrito nº 18.141 del pasado año, sobre Lérida», 10-4-1940. Informes del delegado provincial de Información e Investigación (25-5-1940) y de la delegada provincial de la Sección Femenina (24-5-1940). AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 38, 368.

²¹ «Parte quincenal de 15-30 de Junio de 1940», AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 368.

²² CAZORLA SÁNCHEZ, A.: *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 25-43.

todavía más a situar el partido en una posición de debilidad respecto a otras instituciones provinciales, en concreto el gobierno civil, que disfrutaban de mayores poderes y, además, dispusieron de mayor estabilidad.

¿Todo el poder para la Falange? Tensiones, conflictos y enfrentamientos

El nombramiento del exjonsista vallisoletano Cándido Sáez de las Moras, en noviembre de 1941, respondía a la necesidad de dar vida al mortecino partido único en Lleida. Sus primeras notas en la prensa expresaban sus deseos de potenciar sus servicios con la expresa voluntad de conquistar las masas, al mismo tiempo que se iniciaba la depuración de sus filas para conseguir un mayor nivel de compromiso de los afiliados. Era necesario extender los ideales nacionalsindicalistas entre las masas sanas, *«atraer a todos aquellos que, equivocadamente pero de buena fe, militaron en campos políticos distintos y que sin llegar a contaminarse irreparablemente, al reconocer su error pueden entregarse de corazón al servicio de España y de nuestra Revolución»*, y, en paralelo, se dieron las órdenes para iniciar el proceso de información de los afiliados, para depurar la organización de aquellos que lucían, sin mérito alguno, el carnet y la camisa azul, por *«la imperiosa necesidad de llevar a efecto rápidamente, con rigidez y justicia, la selección de los mejores»*²³.

La jefatura de Sáez de las Moras supuso la activación de todos los instrumentos propagandísticos de que disponía el partido. El diario falangista *La Mañana* –dirigido por Emilio Romero, persona de confianza de Sáez de las Moras–, y la recién recuperada emisora EAJ 42-Radio Lérida, asumieron la tarea de altavoz del proyecto y la retórica nacionalsindicalistas del jefe provincial. El proyecto de Sáez de las Moras hacía necesario que todos los instrumentos de poder recayeran en manos de FET y de las JONS. La reclamación de *«todo el poder para la Falange»* era consecuencia directa de la situación subalterna que ocupaba el partido único en el organigrama político del régimen, que no controlaba los resortes del poder, ni en el ámbito local ni provincial²⁴.

²³ Circular núm. 29, 17-11-1941, ACN, Fondo Jefatura Local del Movimiento de Balaguer, c. 2 (*La Mañana*, 18-11-1941). José L. de Arrese: «Orden circular nº 137 de depuración del Partido», AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 108 (BMFET, nº 128, 20-11-1941). «La Falange purifica sus líneas», *La Mañana*, 27-11-1941.

²⁴ La reclamación de *«todo el poder para la Falange»* respondía a la frustrada ofensiva de Serrano Suñer en mayo de 1941 y la insatisfacción se extendió a muchas jerarquías nacionales y provinciales de

En la prensa se criticaba duramente a todo aquel que se oponía, dentro y fuera del partido, a la marcha triunfal de la Falange²⁵. Los falangistas leridanos valoraban muy positivamente los esfuerzos de Sáez de las Moras de situar al partido en el lugar merecido. Así lo transmitía la delegación provincial de Información e Investigación, en enero de 1942: «*la opinión general es de que por fin Lérida tiene un Jefe que se preocupa del Partido y trabaja activamente y como es natural la Falange inicia su existencia hasta la fecha desconocida*»²⁶. Sin embargo, la ambición de poder y la contundencia verbal del jefe provincial eran vistas con recelo por el resto de autoridades políticas provinciales, puesto que se oponía a la marginalidad que el partido había ocupado hasta entonces en el control y ejercicio del poder político. Fue en tiempos de Sáez de las Moras cuando se produjeron las mayores tensiones y enfrentamientos en el seno del grupo de poder franquista de la ciudad.

Según los informes falangistas, en las instituciones locales y provinciales (Gobierno Civil, Diputación, Ayuntamiento de Lleida) se juntaban los sectores antifalangistas de la ciudad y ninguna de ellas actuaba siguiendo las directrices de Falange y el *Nuevo Estado*. Los alcaldes Ramón Areny y Juan J. Arnaldo o el presidente de la Diputación José M^a Porcioles fueron objeto de ataques y críticas por parte de Falange²⁷. Se acusaba a Porcioles (a la vez delegado provincial de Auxilio Social), de desatender la delegación, de funcionar al margen del partido y de actuar como un verdadero cacique en Balaguer, donde ejercía de notario. Falange le acusaba de un pasado político catalanista e incluso recuperó la denuncia que unos vecinos de Balaguer habían presentado en su contra en 1939, y que le había acarreado un proceso judicial²⁸. El proceso de depuración de Porcioles concluyó con la propuesta de

Falange. Cfr. GÓMEZ RODA, J. A.: «La primera jefatura provincial de FET-JONS de Valencia, 1939-1943», en *II Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Alicante, 1995, pp. 127-134.

²⁵ «Fauna antifalangista: los “hombres cultos”», «Los impacientes», «El peligro de los inconstantes», «Los falangistas de acera», «Revolución falangista», *La Mañana*, 12-12-1941, 17-12-1941, 18-12-1941, 10-1-1942, 14-1-1942.

²⁶ «Informe de la Delegación Provincial de Lérida», 8-1-1942. AGA, Presidencia-Vicesecretaría General del Movimiento, c. 17.

²⁷ «Boletín de información y ambiente de la Delegación Provincial de Información e Investigación de Lérida», nº 557 (15-3-1942), nº 624 (15-4-1942), nº 651 (30-4-1942), nº 675 (16-5-1942), nº 714 (30-5-1942). AGA, Presidencia, SGM-Vicesecretaría General del Movimiento, c. 17.

²⁸ Un análisis del proceso judicial a Porcioles en SAGUÉS, J.: «La societat de la tensió i de la sospita. Disputes i enfrontaments entre els vencedors a les comarques de Lleida, 1938-1939», en ARNABAT, R. y MARÍN, M. (eds.): *Franquisme i transició democràtica a les terres de parla catalana*, Valls, Cossetània, 2001, pp. 741-753.

expulsión del partido, que en marzo de 1943, cuando fue ascendido por el ministro Eduardo Aunós al cargo de Director General de Registros y Notariado, quedó sin resolución ni efecto.

Las relaciones entre Sáez de las Moras y el gobernador civil Juan A. Cremades se convirtieron en un enfrentamiento abierto. Las pocas simpatías del gobernador (profundamente católico y exmilitante zaragozano de la CEDA) hacia la Falange eran de sobras conocidas. Los falangistas le acusaban de no tener en cuenta las propuestas del partido en el nombramiento y las renovaciones de las comisiones gestoras municipales, de nombrar personas sin carnet de Falange, de obstaculizar la tarea y el despliegue del partido, de dar apoyo y cobertura a los carlistas contrarios a la unificación, de haber convertido la delegación provincial de Abastecimientos en refugio del peor antifalangismo. Incluso le acusaban de perseguir a algunos falangistas, como fue el caso del delegado provincial del SEU Julio Mejón Sudor, que, recién retornado de la División Azul, en diciembre de 1942 fue detenido y llevado a comisaría por no poder acreditar su cargo en el partido. El nivel de tensión entre Sáez de las Moras y Cremades fue tal que el jefe provincial de Falange solicitó ser relevado del cargo y poder ir a combatir el comunismo con la División Azul, petición que le fue denegada.²⁹

Todos los análisis provinciales de Falange y las instituciones políticas franquistas abundan en enfrentamientos entre los jefes provinciales y los gobernadores civiles. Fueron la tónica habitual mientras duró la dualidad de poderes en las provincias.³⁰ En general, eran los jefes provinciales los que salían peor parados, y solían ser cesados y relevados. A menudo, estas tensiones se reproducían en el ámbito local, entre alcaldes y jefes locales de Falange, incluso entre estos y las autoridades eclesiásticas. Más que diferencias ideológicas, ponían al descubierto la lucha por los espacios de poder y reflejaban la situación subalterna que del partido único respecto a los representantes del Estado (gobernadores civiles, alcaldes) que disponían del poder efectivo y la mayor parte de los recursos. En 1943 era evidente que la Falange ni dirigía la política española, ni podría llevar a cabo la revolución nacionalsindicalista soñada, que quedó definitivamente *pendiente*. A nivel provincial y local apenas tenía poder real, incapaz

²⁹ La versión de Cándido Sáez de las Moras en AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 95, informe de 7-12-1942.

³⁰ Una visión general en CAZORLA, A.: *Las políticas de la victoria...*, op. cit., pp. 43-60.

de llevar a cabo sus amplias tareas ante la crónica falta de recursos humanos y materiales y su posición cada vez más clara de aparato estatal gregario.

Sólo la unificación de los dos máximos cargos provinciales –implantada para poner fin a los conflictos– dio una nueva ilusión ficticia a la Falange, ya que estos la veían como la última oportunidad de materializar el acceso al poder. Pensaban que sólo así el partido conseguiría todo el prestigio, la influencia y el poder que se merecía. En Lleida se produjo en abril de 1943, con el nombramiento de José M. Pardo Suárez de Santayana. El nuevo gobernador civil y jefe provincial procedió a renovar gran número de comisiones gestoras municipales y la Diputación provincial. Se nombraron personas afiliadas a FET y de las JONS y se tendió a unificar los cargos de alcalde y jefe local en los pueblos³¹. En la capital fue nombrado alcalde un joven, camisa vieja y secretario provincial de FET y de las JONS, Víctor Hellín Sol, quien iniciaba una larga trayectoria política que, después del ayuntamiento, pasaría por la Diputación provincial (1952-1961) y los gobiernos civiles de Zamora, Girona, Baleares y Sevilla.

Parecía que definitivamente el sello falangista impregnaba toda la acción de gobierno en la provincia. Así lo hacían constar los informes falangistas, que destacaban la buena sintonía con las instituciones. Las críticas desaparecieron. Se suponía que la Falange había tomado el control del poder. La realidad, sin embargo, distaba mucho del entusiasmo de los falangistas, de la consecución de «*todo el poder para la Falange*». Por el contrario, las instituciones políticas del Estado (o sea, gobernadores civiles y alcaldes) se habían apoderado del control del partido, que seguía siendo un mero accesorio del poder. Porque era el Ministerio de la Gobernación y no la Secretaría General del Movimiento quien nombraba los gobernadores civiles-jefes provinciales. Y estos nombraban los alcaldes. Como señaló Ángela Cenarro, el nombramiento de falangistas, ya fuesen camisas viejas o no, resultaba una efectiva forma de integrar en la carrera política del Estado a individuos que hasta entonces habían desarrollado su trayectoria en el partido, para quienes resultó un trampolín hacia el poder real.³² Sucedió que cuando accedieron a los ayuntamientos, diputaciones y gobiernos civiles, los falangistas se convirtieron en autoridades civiles y

³¹ AGA, Ministerio de la Gobernación, DGAL, c. 44/2543, 44/2762, 44/2776.

³² CENARRO, Á.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón (1936-1945)*, Zaragoza, Prensas Universitarias Zaragozaanas, 1997, p. 116.

dejaron de actuar en nombre del partido. Lo que deseaban muchos falangistas eran cargos de poder real, y a partir de este momento actuaron desde los consistorios y no desde las sedes del partido, que fueron perdiendo actividad.

Fue este el verdadero fin del proyecto autónomo de la Falange y la definitiva domesticación del partido único por parte del Estado, que impulsado por la necesidad de supervivencia convirtió el partido en una máquina burocrática al servicio del Estado (Movimiento Nacional). Años más tarde, José M^a Martínez Val (gobernador civil de Lleida, 1969-1970), escribía que la unificación de cargos provinciales había llevado a la Falange al fracaso ya que, pese a terminar con los enfrentamientos, supuso la erosión y desactivación de todo propósito revolucionario falangista, la burocratización absoluta y el inmovilismo de sus dirigentes, más preocupados por conservar los cargos que otra cosa³³.

La Falange en los pueblos y capitales

El partido no dispuso nunca de los medios y recursos necesarios ni controló los resortes de poder para llevar a cabo con éxito las funciones de encuadramiento de las masas (jóvenes, mujeres, trabajadores) y de crear y organizar el consenso activo favorable a la *Nueva España* que se le encomendaron. Los esfuerzos de las jerarquías, por muy abnegadas que fuesen, siempre chocaron con una realidad esquivada. Los partes mensuales de las jefaturas provinciales pronto mostraron la pobre imagen de un partido desasistido. «*Los recursos son pocos y no son suficientes para cubrir las necesidades más perentorias a pesar de la austeridad que existe en lo referente a gastos de personal administrativo*», decía un parte de mediados del año 1940. Las cuotas de los afiliados no llegaban a las 1.700 pesetas, «*fiel reflejo de los poquísimos afiliados que hasta ahora existen en esta provincia*», y tenían que confiar en los donativos particulares –cada vez menores– para hacer frente a los gastos de la jefatura, que superaban las 10.000 pesetas mensuales, entre alquileres, personal y mantenimiento³⁴. A pesar de que la delegación de Información e Investigación disponía de un agente, dos mecanógrafas, dos auxiliares y un enlace, ello era insuficiente para informar todas las solicitudes de ingreso al partido y los expedientes

³³ MARTÍNEZ VAL, J. M.: *¿Por qué no fue posible la Falange?*, Barcelona, Dopesa, 1976, pp. 145-148.

³⁴ AGA, Presidencia, SGM-DNP, informes mensuales 1940, c. 368, c. 59.

de depuración, o para atender las funciones represivas y de control social encargadas. Sin embargo, el gran número de informes políticosociales que se han conservado de las delegaciones comarcales de Información e Investigación de Balaguer y Tremp, con 1.397 y 901 respectivamente³⁵, nos da idea del ahínco con que, desde la base local, la Falange se dedicó a sus cometidos represivos y de vigilancia. Quizás fuera esta la imagen que en muchos pueblos se asoció con el partido y sus hombres.

La secretaría local de la capital tenía muy poca actividad, con sus funciones absorbidas por la jefatura provincial. A mediados de 1940 estaba casi abandonada, sin ficheros de afiliados ni libro de registro de entradas y salidas. Su estado económico era tan lamentable que tenía que solicitar créditos especiales para comprar material de oficina³⁶. Las numerosas solicitudes de ingreso pendientes de resolver no fueron puestas al día hasta marzo de 1941. Ello provocaba inquietud y quejas de los interesados. Por entonces, contaban con unos 800 afiliados en la capital, con muy poca variación respecto agosto de 1939, lo que ponía de manifiesto los límites de la captación de masas en Lleida. Se atribuía la responsabilidad al secretario local Francisco García Terán, que ostentaba el cargo desde abril de 1938. Se le presentaba *«carente de autoridad personal y estilo falangista»*³⁷. El nombramiento del camisa vieja y ex divisionario Antonio Hernández Palmés, en noviembre de 1943, supuso un aumento de la actividad de la secretaría local, con múltiples movilizaciones (incluso bajo amenazas) de los afiliados, aunque no cambió sustancialmente su rumbo, que, con el eclipse definitivo de Falange en 1945, se vio reducido a la tarea puramente burocrática.

¿Si en la capital, con centenares de afiliados y el aliento de la jefatura provincial, la secretaría local languidecía, cómo podían funcionar las jefaturas locales de los pequeños pueblos del Pirineo leridano, alejados de todo núcleo importante? Una inspección a la delegación comarcal de la Seu d'Urgell, en julio de 1940, manifestaba las enormes dificultades en poner en funcionamiento las jefaturas locales: *«el desarrollo de la Organización en los pueblos de la Comarca es bastante deficiente, debido a la falta de comunicaciones ya que la mayoría de los pueblos sólo cuentan con*

³⁵ ACN, Fondo de la Delegación Comarcal de Información e Investigación de FET y de las JONS, c. 8; Archivo Comarcal del Pallars Jussà (ACPJ), Fondo FET y de las JONS de Tremp.

³⁶ AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 59, escrito de 9-11-1940.

³⁷ AGA, Presidencia, SGM-Vicesecretaría General del Movimiento, c. 80, 26-2-1941.

caminos de herradura, estando en proyecto la agrupación de Jefaturas Locales que no cuentan con el número suficiente de afiliados para desenvolverse independientemente»³⁸.

La implantación del partido único en el territorio había sido muy desigual pese a las disposiciones legales y la voluntad de las jerarquías del partido. Evidentemente hubo grandes diferencias entre el mundo urbano y el mundo rural, entre los pequeños pueblos, las capitales de partido judicial o los núcleos importantes de población. Pese a que resulta difícil el estudio de las Falanges locales por la falta de documentación, en general el estado de desorganización de las jefaturas locales persistió a lo largo de los años y se convirtió en su estado. En noviembre de 1941 la jefatura provincial de Lleida envió unas fichas para recoger información sobre los recursos humanos y materiales de las jefaturas locales. En el Archivo Comarcal de la Noguera (Balaguer) se han conservado algunas de ellas, que nos ofrecen una radiografía aproximada de la situación de las delegaciones locales en el ámbito rural leridano en la postguerra. Disponemos sólo de las fichas de ocho localidades: Albesa, Algerri, Bellvís, Cubells, Montgai, la Sentiu de Sió, Tragó de Noguera y Vallfogona de Balaguer.

En ninguna de ellas, Falange disponía de local propio. En unos casos, como Montgai y Tragó de Noguera, se alojaban en una habitación cedida por el Ayuntamiento, por la que no pagaban ningún alquiler. Tampoco pagaban alquiler en Cubells ni en la Sentiu de Sió, dónde respectivamente se alojaban en local cedido por la Junta de Recuperación y en un pequeño despacho particular. En Bellvís, la jefatura local se encontraba en casa del jefe local. En Algerri, Vallfogona de Balaguer y Albesa, la Falange local sí pagaban alquiler, en el último caso 25 ptas mensuales al Ayuntamiento en concepto de uso de la sala que ocupaban en el mismo edificio. Las fichas también nos dan recuento del mobiliario de que disponían. En Albesa tenían cuatro sillas, una mesa escritorio, un armario archivador, una máquina de escribir y los retratos de Franco y José Antonio, todo ello requisado durante la ocupación militar del pueblo. En Algerri y Vallfogona de Balaguer sólo disponían de una mesa y algunas sillas, ahí sí en propiedad. En la Sentiu de Sió, el escritorio y las sillas que usaban les habían sido cedidos temporalmente. Ninguna de las ocho jefaturas disponía de biblioteca, ni aparato de radio, ni teléfono. Sí tenían los retratos de Franco y José

³⁸ «Informe sobre el viaje de inspección a Seo de Urgel», 6-7-1940. AGA, Presidencia, SGM-DNP, c. 368.

Antonio, excepto Montgai y Tragó de Noguera, que tampoco tenían las banderas nacional y de Falange preceptivas. El crucifijo sólo estaba colgado en Bellvís (en casa del jefe local) y en Algerri, siendo esta última la única que tenía el rótulo de Falange en el balcón. La existencia de delegaciones de los servicios del partido, en estos pueblos, era muy desigual. La Sección Femenina, el Frente de Juventudes y los Sindicatos eran presentes en la mayoría de los ocho municipios, mientras que las Milicias, Excombatientes y Auxilio Social sólo estaban organizados en alguno³⁹.

La existencia de delegaciones, sin embargo, no nos explica su actividad real, que pensamos no podía ser mucha, si tenemos en cuenta que, en enero de 1944, se tuvieron que reorganizar las jefaturas locales, puesto que muchas de ellas ni reunían las condiciones ni disponían de los afiliados mínimos para su funcionamiento. Los datos de afiliación por jefaturas locales en la comarca de Balaguer indican el peso de la capital (249 afiliados, 6.031 hab.) y algunas localidades –Linyola (139 afiliados, 1.924 hab.), Albesa (108 afiliados, 1.515 hab.), Castelló de Farfanya (96 afiliados, 1.106 hab.) y Bellcaire d’Urgell (91 afiliados, 1.487 hab.)–, mientras que en otras no había ningún afiliado o menos de tres –Camarasa (1.595 hab.), Avellanes (919 hab.), Ivars de Noguera (448 hab.), Fontllonga (426 hab.), Bellmunt d’Urgell (387 hab.)⁴⁰. El muy reducido porcentaje de militantes respecto al total de afiliados indicaría un bajo nivel de compromiso de estos. Cabe señalar el gran número de bajas del partido solicitadas desde 1939, circunstancia preocupante para las jerarquías provinciales, según las cuales los jefes locales no tenían que resignarse ante la falta de espíritu de la Falange, sino que debían persistir en el adoctrinamiento: *«Es preciso que ese pueblo comprenda bien que el Movimiento salvador de nuestra Patria está en la Falange, y que por consiguiente no puede considerarse buen patriota el que creyéndose de derechas y buen español, no pertenece al heroico Partido, pero mucho menos debe merecer tal condición aquel Camarada que de manera voluntaria e injusta deserta de los senderos invocados por nuestro glorioso José Antonio, que son en forma precisa la salvación de España»*⁴¹. En Albesa la afiliación de enero de 1944 muestra una disminución de casi el 40% respecto a la de marzo de 1939. Las fichas cumplimentadas por las jefaturas

³⁹ La información de las jefaturas locales de la Noguera procede de las fichas conservadas en el ACN, Fondo Jefatura Comarcal de Balaguer del Movimiento, c. 1.

⁴⁰ *Ibidem*. Los datos de población proceden del Censo de 1940, www.ine.es

⁴¹ Comunicaciones de 17-3-1941 y 26-8-1941. ACN, Fondo Jefatura Local del Movimiento de Albesa, c. 2.

locales en marzo de 1944 nos dan de nuevo un cuadro muy similar al anterior, con jefaturas que seguían sin disponer de local y se alojaban en despachos del ayuntamiento, que no disponían de las banderas reglamentarias, no digamos ya de los rótulos en el balcón o de bibliotecas básicas del Movimiento⁴².

¿Qué era pues la Falange en los pueblos leridanos a mediados de los años cuarenta? No hay duda de que la unión de cargos locales –alcalde y jefe local del Movimiento–, convirtió muchas jefaturas locales en accesorios del poder. Algunos falangistas denunciaban el estado de apatía, escepticismo, poca fe y entusiasmo, despreocupación, conformismo y renuncia de los dirigentes locales del partido. Muchos de los afiliados lo eran sólo nominalmente, constaban en una ficha y nada más, no pagaban las cuotas; los afiliados no se reunían jamás, la actividad de las delegaciones era mínima, muchas de ellas cerradas día tras día; su funcionamiento era autónomo de la provincial, un absoluto descontrol administrativo, no respondían las comunicaciones. A nivel popular, la Falange despertó pocas simpatías en tierras leridanas, según testimonios falangistas. En muchos casos, los hombres de Falange eran vistos como unos aprovechados, unos arribistas, que ocupaban cargos en beneficio propio. A la Falange se le cargaba la responsabilidad de los problemas de la postguerra (estraperlo, abusos e insuficiencias en los abastos) y de los errores políticos del régimen. Era un blanco mucho más fácil que los órganos administrativos del Estado. Las tareas parapoliciales, y el empeño puesto en ellas, ensuciaron para siempre la imagen de los hombres de Falange en muchos pueblos, donde todos se conocían.

Esta situación de las Falanges de pueblo poco tenía que ver con la idea de un partido único con pretensiones totalitarias que aspiraba a tomar todo el poder. La realidad local contrastaba con la posición dominante a nivel estatal de FET y de las JONS, cuando se encontraba en la cúspide de su hegemonía política y presencia institucional. La retórica falangista –que se tradujo en una importante presencia en la liturgia política del régimen– perduró muchos años, pero cada vez más vacía de contenido real y alejada de la realidad. Quizás su papel inicial en la articulación del núcleo de adhesiones al régimen en cada localidad y, sobre todo, su colaboración en el control social y la represión fueron los mayores éxitos de la Falange. Mientras que el escaso éxito del proyecto movilizador nacionalsindicalista el mayor de sus fracasos.

⁴² ACN, Fondo Jefatura Comarcal de Balaguer del Movimiento, c. 1

Porque, desde el principio, la Falange controló, adoctrinó e impulsó al poder más que encuadró y movilizó la sociedad española. Las jefaturas locales poco a poco desaparecieron de la vida local –convertidos en consejos locales, órganos asesores de los alcaldes–, y su presencia pública se redujo hasta la desaparición práctica, mucho antes de la desaparición nominal en 1977. Sólo en aquellos núcleos más grandes, dónde se encontraban las jefaturas comarcales, o en aquellas localidades con una centuria activa del Frente de Juventudes o de la Guardia de Franco, mantuvieron una mínima actividad y movilización a partir de los años cincuenta. Ramón Fernández Paredes, funcionario de Sindicatos en Lleida, lo analizaba muy críticamente en una ponencia del I Congreso Provincial de la Falange, en septiembre de 1953:

Lastimosamente, y culpablemente también en muchos casos, hemos ido dejando morir las mejores esperanzas de nuestros cuadros locales –levadura de la Falange– por una negligente despreocupación y desinterés de amplios sectores de la rectoría subalterna de la Falange. Las JONS de los pueblos han ido perdiéndose lenta e irremisiblemente, sin que nadie se preocupase por ello.

Magníficas organizaciones locales han dejado de serlo por esta emancipación jerárquica. ¿Cuál ha sido la causa? Todos lo sabemos, la Falange, en un amplio sector, se convirtió en un reparto de prebendas y cargos, sin tener en cuenta su propio servicio e interés. El ideal falangista, manteniendo en su consigna “el hombre para el cargo”, tornóse en “el cargo para el hombre”. Donde surgía un compromiso personal se plegaba el interés de la Organización. Así han pasado muchos años, invadiendo la desilusión y la decepción el alma del falangista.

Consecuencia inmediata fue un serio retroceso en el proselitismo político y la pérdida del calor y el sentimiento de nuestras masas sanas. [...] El afiliado ha ido perdiendo estímulo, la falta e implicación constante al quehacer del Movimiento⁴³.

⁴³ FET Y DE LAS JONS: *Reglamento y ponencias del I Congreso Provincial de la Falange Leridana*, Lleida, 1953.